

Ashley Audrain

El instinto



Una madre. Una hija. Una historia con dos caras.

«Creíamos que nos conocíamos el uno al otro. Creíamos que nos conocíamos a nosotros mismos».

Blythe ya no sabe qué es verdad y qué es mentira: ¿está viviendo la vida feliz que siempre deseó, con un marido perfecto y una hija angelical? ¿O está repitiendo la sórdida historia de su madre y su abuela, marcada por el desapego y el maltrato? ¿Es Fox, su marido, el compañero y padre ideal, o tiene una vida paralela que cada día lo aleja más de su casa? Su hija Violet ¿es una niña brillante y complicada, que solo quiere que su madre le preste más atención, o es malvada de nacimiento? Depende del momento y de cómo se mire, todo y nada puede parecer verdad o parecer una trampa.

El instinto es una novela que se queda grabada. Una historia de horror y redención, una exploración del origen de la maldad y del modo ominoso en que los traumas familiares se transmiten de madres a hijas. Esta es, en definitiva, una historia valiente que da pie a que cada lector se interrogue sobre cuestiones dolorosas, personales y, por ello, necesarias.

Para Oscar y Waverly

Dicen que lo primero que oímos en el útero son los latidos del corazón materno. En realidad, lo primero que suena y hace que vibre el aparato auditivo recién formado es el pulso de la madre en la sangre que corre por sus venas y arterias. Vibramos al son de ese ritmo primordial antes incluso de tener oídos para oírlo. Antes de ser concebidas, existíamos de manera parcial en forma de óvulo en el ovario materno. Todos los óvulos que la mujer llevará dentro se forman cuando es un feto de cuatro meses en el útero de su madre, lo que significa que nuestra vida celular en forma de óvulo empieza en el útero de nuestra abuela. Todas pasamos cinco meses en el útero de nuestra abuela, quien a su vez se formó en el útero de su abuela. Vibramos con los ritmos de la sangre materna antes de que nuestra madre haya nacido...

LAYNE REDMOND,
When the Drummers Were Women

Tu casa reluce de noche como si ahí dentro todo estuviera en llamas.

La tela que eligió para las cortinas parece lino. Lino del caro. No son muy tupidas, y desde fuera os leo en la cara el estado de ánimo. Veo cómo la niña se aparta la coleta y acaba los deberes. Veo al pequeño, que tira pelotas de tenis contra el techo de tres metros y medio de altura mientras tu mujer va por el salón en mallas y pone todo en su sitio. Los juguetes, en la cesta. Los cojines, en el sofá.

Aunque esta noche habéis dejado abiertas las cortinas. Para ver cómo nieva, quizá. Para que tu hija busque renos en la nieve. Ya hace tiempo que no se lo cree, pero sigue fingiendo por ti. Haría cualquier cosa por ti.

Os habéis vestido todos para la ocasión. Los niños van de cuadros escoceses, a juego; posan en el escabel de cuero mientras tu mujer les hace una foto con el teléfono. La niña le sujeta la mano al niño. Tú trajinas con el equipo de música al fondo del salón, y tu mujer te dice algo, pero la callas con un dedo porque ya casi lo tienes. La niña salta, y tu mujer coge al niño y se pone a dar vueltas con él en brazos. Alcanzas el vaso de whisky y le das uno, dos sorbitos, luego te apartas con sigilo del equipo de música, como si fuera un bebé dormido. Así das siempre tus primeros pasos de baile. Agarras al niño y él echa la cabeza para atrás. Lo pones boca abajo. Tu hija quiere que le des un beso, y tu mujer te sostiene el vaso de whisky. Va hasta el árbol con gráciles pasos y endereza las luces de Navidad, que se han torcido un poco. Y ahora todos hacéis corro y gritáis algo a la vez, una palabra, todos a una, y seguís bailando; os sabéis muy bien esa canción. Tu mujer sale un momento, y el niño la sigue con la mirada en un acto reflejo. Recuerdo haberme sentido así. La sensación de ser imprescindible.

Cerillas. Vuelve para encender las velas en la repisa de la chimenea engalanada para la ocasión, y me pregunto si las ramas de abeto que la orlan son de verdad, si huelen a vivero. Dejo vagar la mente unos instantes, imagino que

esas ramas se prenden mientras dormís. Veo cómo reluce tu casa, y el resplandor dorado, de un amarillo cálido, se vuelve rojo candente y crepitante.

El niño tiene en la mano el hierro de atizar la lumbre, y la niña se lo quita con cuidado antes de que tu mujer y tú os deis cuenta. La hermana buena. La que ayuda y protege.

Nunca me quedo tanto rato, pero esta noche estáis todos tan guapos que me cuesta irme. La nieve es de la que cuaja, la niña podrá hacer un muñeco por la mañana para divertir a su hermanito. Pongo en marcha el limpiaparabrisas, regulo la calefacción justo cuando el reloj pasa de las 7:29 a las 7:30. Ya habréis acabado de leer *El Expreso Polar*.

Tu mujer se ha sentado a mirar los brincos que vais dando por el salón. Ríe y se recoge el pelo suelto, rizado y largo, por encima de un hombro. Huele tu vaso y lo deja encima de la mesa. Sonríe. La tienes a la espalda y no ves lo que yo veo, cómo se lleva una mano a la tripa, la acaricia suavemente, baja la vista y su mente se pierde en lo que le crece dentro. Son células. Pero lo son todo. Te das la vuelta y vuelve a concentrarse en lo que está pasando en el salón. En la gente que ama.

Ya te lo dirá mañana.

La sigo conociendo muy bien.

Dejo de observaros para ponerme los guantes. Cuando vuelvo a mirar, la niña ha abierto la puerta de la casa y está en el vano. Le alumbrá media cara el farol que ilumina el número de la calle. Sostiene un plato lleno de zanahorias y galletas. Dejarás unas migas en el suelo de baldosas de la entrada. Harás como que te lo crees, igual que ella.

Ahora me ve sentada en el coche. Está tiritando. El vestido que le ha comprado tu mujer le queda pequeño, y veo que va echando caderas y le está saliendo pecho. Se aparta la coleta del hombro con una mano, y ese gesto, más que de niña, es de mujer.

Me parece que es la primera vez en su vida que nuestra hija se parece a mí.

Bajo el cristal y saco la mano a modo de saludo, un saludo secreto. Deja el plato en el suelo y vuelve a mirarme antes de darse la vuelta y entrar en casa. Con su familia. Estoy atenta por si corréis las cortinas de golpe, por si sales a ver qué narices hago aparcada a la puerta de tu casa en una noche como esta. Y la verdad es que no sabría qué decir. ¿Que me sentía sola? ¿Que la echaba de menos? ¿Que era yo quien merecía ser la madre en tu casa reluciente?

Pero la niña no te dice nada y entra en el salón dando brincos. Has convencido a tu mujer para que se levante. Bailáis muy juntos, tú le pones la mano en la espalda y palpas su blusa, y nuestra hija agarra al niño de la mano y lo lleva justo delante de la ventana de la sala. Parece una actriz que ocupa su puesto en el sitio exacto del escenario. De lo bien enmarcados que están.

El niño es clavado a Sam. Tiene sus mismos ojos. Y ese mechón de pelo negro que acaba en un rizo, el rizo que tantas veces me he enrollado en el dedo.

Me entran ganas de vomitar.

Nuestra hija mira por la ventana y no aparta los ojos de mí, pone las manos en los hombros de tu hijo. Se agacha para besarlo en la mejilla. Una vez. Y otra. El niño está encantado con tanto afecto. Se lo ve acostumbrado. Señala la nieve que cae, pero ella no aparta los ojos de mí. Le frota la parte superior de los brazos, como para calentarlo. Como haría una madre.

Vas hasta la ventana y te pones de rodillas a la altura del niño. Miras afuera y luego al cielo. Mi coche no te llama la atención. Señalas los copos de nieve igual que tu hijo, y trazas un camino en lo alto con el dedo. Le estás hablando del trineo. De los renos. Él escruta la noche, quiere ver lo que tú ves. Le haces cosquillas en el cuello. La niña tiene todavía los ojos fijos en mí. Me sorpendo a mí misma apre-

tada contra el respaldo. Trago saliva y por fin aparto la mirada. Siempre gana ella.

Cuando vuelvo a mirar, ella sigue allí, pendiente del coche.

Parece que vaya a echar la cortina, pero no. Ahora la que no aparta los ojos soy yo. Cojo el taco de hojas que tengo al lado, en el asiento del copiloto, y siento el peso de mis palabras.

He venido a darte esto.

Es mi versión de la historia.

1

Arrastraste la silla hasta donde yo estaba y diste unos golpecitos en mi libro con la punta del lápiz, y yo seguí con la vista fija en la página, dudando si mirarte o no. «¿Aló?», dije, como si fuera una llamada de teléfono. Qué gracia te hizo eso. Y allí estábamos, dos extraños en la biblioteca de la facultad, con una risa nerviosa, estudiando la misma optativa. Debía de haber cientos de alumnos en clase, y yo no te había visto antes. Te caían los rizos encima de los ojos y enrollabas el lápiz en ellos. Tenías un nombre de lo más raro. Me acompañaste de vuelta esa tarde, aunque no nos dijimos gran cosa por el camino. Tú no disimulaste lo colado que estabas, me mirabas todo el rato con una sonrisa dibujada en la cara. Nadie me había hecho nunca tanto caso. Me besaste la mano en la puerta del colegio mayor, y nos dio la risa otra vez.

Enseguida cumplimos los veintiuno y nos hicimos inseparables. Nos quedaba menos de un año para licenciarnos. Lo pasamos en la cama de mi habitación, durmiendo juntos como náufragos en una balsa y estudiando cada uno en un extremo del sofá, con las piernas entrelazadas. Íbamos al bar con tus amigos, pero siempre acabábamos recogiéndonos pronto, en la cama, con la novedad del calor mutuo. Yo casi no bebía, y tú ya te habías cansado de ir de fiesta en fiesta..., solo querías estar conmigo. En mi mundo no había nadie que me importara gran cosa. En mi pequeño círculo de amistades éramos simples conocidos. Estaba tan centrada en sacar buenas notas y en que no me quitaran la beca que no había tenido tiempo ni ganas de formar parte de la típica vida social universitaria. Imagino que no me hice muy

amiga de nadie en esos años, hasta que te conocí a ti. Tú me ofrecías algo distinto. Dejamos a un lado la vida social y fuimos felices así, no necesitábamos más que el uno del otro.

Eras tú mi consuelo y mi pasión, no tenía nada cuando te conocí y lo fuiste todo de la forma más natural del mundo. Eso no quiere decir que no te lo merecieras; te lo merecías. Eras dulce y te preocupabas y me apoyabas. Fuiste la primera persona a la que le dije que quería ser escritora, y tu respuesta fue: «No me cabe en la cabeza que vayas a ser otra cosa». Disfrutaba viendo las miradas que nos dirigían las chicas, como si tuvieran celos. Olía tu cabeza mientras dormías por la noche, el suave lustre de tu pelo negro, y pasaba el dedo por tu barbilla sin afeitarse para despertarte por la mañana. Eras mi adicción.

El día de mi cumpleaños, me regalaste una nota escrita con las cien cosas que te encantaban de mí. «14. Me encanta que ronques un poquito justo cuando te quedas dormida. 27. Me encanta lo maravillosamente bien que escribes. 39. Me encanta dibujar mi nombre en tu espalda con el dedo. 59. Me encanta comerme contigo una magdalena de camino a clase. 72. Me encanta lo contenta que amanece los domingos. 80. Me encanta cuando acabas un buen libro y te lo aprietas contra el pecho al pasar la última página. 92. Me encanta lo buena madre que serás algún día».

—¿Por qué crees que seré buena madre? —dejé la lista encima de la mesa y, por un momento, sentí que a lo mejor no tenías ni idea de cómo era.

—¿Por qué no ibas a serlo? —me clavabas en broma el dedo en la barriga—. Eres cariñosa. Y dulce. No veo la hora de tener bebés contigo.

Forcé una sonrisa porque no podía hacer otra cosa.

No había conocido a nadie con un corazón tan ávido como el tuyo.

«Algún día lo entenderás, Blythe. En esta familia las mujeres somos... diferentes».

Tengo vivo en el recuerdo el carmín de mi madre, de color mandarina, en el filtro del cigarrillo. La ceniza que caía en la taza o flotaba en el último sorbo de mi zumo de naranja. El olor de las tostadas quemadas.

Preguntaste por mi madre en muy contadas ocasiones. Me limité a exponer los hechos: (1) me dejó cuando tenía once años, (2) después de eso solo la vi dos veces, y (3) no tenía ni idea de dónde estaba.

Sabías que me guardaba más, pero nunca insististe; tenías miedo de lo que pudiera contarte. Lo comprendí. Es normal que esperemos ciertas cosas de los demás y de nosotros mismos. Y lo mismo pasa con la maternidad. Todos esperamos tener una buena madre, y casarnos con alguien que lo vaya a ser, y serlo.

1939-1958

Etta vino al mundo el mismo día en que empezó la Segunda Guerra Mundial. Tenía los ojos como el océano Atlántico y la cara roja y regordeta desde el primer momento.

Se enamoró del primer chico que conoció, el hijo del médico del pueblo, Louis, que era amable y bienhablado, algo poco corriente entre los chicos que conocía. Etta no había sido agraciada con una cara bonita, pero Louis no era el tipo de chico que le diera mucha importancia a eso. La acompañaba al colegio y caminaba a su lado con una mano a la espalda, desde el primer día de clase hasta el último. Y para Etta esas cosas tenían mucho encanto.

La familia de Etta era dueña de cientos de hectáreas de maizales. Cuando cumplió los dieciocho años y dijo en casa que quería casarse con Louis, su padre dejó claro que su nuevo yerno debía aprender a trabajar la tierra. No tenía hijos varones, y quería que Louis se encargara de la granja de la familia. Aunque Etta creía que la verdadera intención de su padre era demostrarle una cosa al joven: que trabajar la tierra era una labor dura y respetable. No estaba hecha para los débiles. Ni para un intelectual, eso por descontado. Etta había elegido a alguien que no se parecía en nada a su padre.

Louis quería ser médico, como su padre, y lo aguardaba una beca para ir a la facultad de Medicina. Pero más que licenciarse y ejercer de médico, lo que quería era la mano de Etta. Por mucho que Etta le suplicó que no fuera tan exigente con él, su padre mató a Louis a trabajar. Se levantaba

a las cuatro de la mañana y salía a los campos llenos de rocío. Desde las cuatro de la madrugada hasta que se ponía el sol, pero nunca se quejó, como gustaba Etta de recordarle a la gente. Louis vendió el maletín de médico y los libros de la carrera heredados de su padre, y metió el dinero en un tarro que puso en la encimera de la cocina. Le dijo a Etta que con eso abrían un fondo para que sus futuros hijos fueran a la universidad. Etta creía que eso decía mucho de lo poco egoísta que era.

Un día de otoño, antes de que saliera el sol, Louis se cortó con el cabezal de una cosechadora. Murió desangrado, él solo, entre el maizal. Lo encontró el padre de Etta, y la mandó a tapar el cuerpo con una lona del granero. Ella volvió a la casa con la pierna cercenada de Louis y se la tiró a su padre a la cara cuando estaba llenando un cubo de agua para ir a limpiar la sangre de la cosechadora.

Todavía no le había dicho a su familia que llevaba un hijo de Louis en las entrañas. Era una mujer grande, con treinta kilos de sobrepeso, y disimulaba bien el embarazo. La niña, Cecilia, le nació cuatro meses más tarde en el suelo de la cocina, en medio de una gran tormenta de nieve. Etta miraba el tarro con el dinero en la encimera mientras empujaba para expulsar al bebé.

Etta y Cecilia vivían tranquilas en la granja y casi nunca se aventuraban a ir al pueblo. Cuando lo hacían, no costaba oír entre susurros que aquella mujer «estaba de los nervios». Poco más se decía por aquel entonces; poco más sospechaban. El padre de Louis le daba a la madre de Etta su ración de calmantes para que se los administrara como le pareciera conveniente. Y Etta pasaba la mayor parte del día en la camita de metal de su cuarto de siempre, mientras su madre cuidaba de Cecilia.

Pero Etta se dio cuenta enseguida de que drogada en la cama nunca encontraría a otro hombre. Aprendió a valerse por sí misma hasta que fue capaz de cuidar de Cecilia, y empujaba el carrito de la niña por el pueblo entre los gritos

que daba la pobre criatura, llamando a su abuela. Etta le contaba a la gente que había estado fastidiada con unos dolores de estómago terribles, sin poder probar bocado, y que por eso había adelgazado tanto. Nadie la creyó, pero a Etta le daba igual lo que dijeran aquellos holgazanes. Acababa de conocer a Henry.

Henry era nuevo en el pueblo, e iban a misa a la misma iglesia. Tenía a su cargo a sesenta trabajadores en una fábrica de golosinas. Fue muy dulce con Etta desde el día en que se conocieron, le encantaban los niños, y Cecilia era una monada de bebé, o sea que al final no fue el problema que todo el mundo dijo que acabaría siendo.

Henry no tardó mucho en comprar una casa de estilo Tudor con su parcela de césped en el centro del pueblo. Etta abandonó de una vez la cama de metal y recuperó el peso que había perdido. Se dedicó de lleno a la tarea de darle un hogar a su familia. Había un porche bien acabado con un columpio, visillos de encaje en las ventanas y galletas de chocolate a todas horas en el horno. Un día, los que traían los muebles del salón se equivocaron de casa, la vecina no dijo nada y el operario se los instaló en el sótano, aunque no los había pedido. Cuando Etta se enteró, salió corriendo calle abajo detrás del camión, soltando improperios, en bata y con rulos. Fue motivo de jolgorio para todo el mundo y, al final, también para Etta.

Se esforzaba por ser la mujer que esperaban que fuera.

Una buena esposa. Una buena madre.

Tenía pinta de que todo iría bien.

2

Cosas que me vienen a la memoria cuando pienso en nuestros inicios:

Tu madre y tu padre. Puede que eso no tuviera tanta importancia para otras personas, pero contigo llegó una familia. Mi única familia. Los regalos generosos, los billetes de avión para pasar las vacaciones con todos vosotros en algún sitio soleado. Su casa olía a ropa lavada y cálida, siempre, y nunca quería irme cuando los visitábamos. La forma que tenía tu madre de tocarme las puntas del pelo hacía que me entraran ganas de encaramarme a su regazo. Parecía a veces que me quería tanto como a ti.

Aceptaban la situación de mi padre sin rechistar, y no lo juzgaban cuando rechazaba su invitación a ir a verlos en vacaciones; fueron detalles que agradecí mucho. De Cecilia, por descontado, no hablábamos nunca; ya les habías sacado el tema con tacto antes de llevarme a su casa por primera vez. («Blythe es maravillosa. De verdad. Pero tenéis que saber que...») Mi madre nunca habría sido tema de cotilleo entre vosotros; no teníais tan mal gusto.

Erais todos sumamente perfectos.

A tu hermana pequeña la llamabas «cariño», y ella te adoraba. Les telefoneabas todas las noches, y yo escuchaba desde el pasillo, pensando que ojalá pudiera oír lo que te decía tu madre que hacía que te rieras así. Ibas a verlos cada dos fines de semana para ayudar a tu padre en las chapuzas de la casa. Os abrazabais. Cuidabas de tus primos pequeños. Te sabías la receta del pan de plátano de tu madre. Les regalabas una tarjeta a tus padres todos los años